

Reseñas

Carmen ARANEGUI GASCÓ, *Los iberos ayer y hoy. Arqueologías y culturas*, Madrid, Marcial Pons Historia, 377 pp., 9 conjuntos de figs. [ISBN: 978-84-92820-72-6].

El volumen al que aquí nos referimos constituye la última gran síntesis publicada sobre los pueblos ibéricos. Aspira, por tanto (y consigue en buena medida), a compendiar los últimos planteamientos que la arqueología y la historia sobre la civilización ibérica vienen desarrollando en los últimos años, y a presentarlos mediante un discurso coherente, ágil y sistemático, que sea fácilmente accesible a todo aquel que quiera aproximarse al mundo ibérico, y que constituya también una herramienta versátil para quienes pretendan ponerse al día sobre algún apartado concreto de la historiografía sobre el tema. El libro deriva, como la propia autora señala en el prólogo, de los ya abundantes años de docencia sobre arqueología ibérica que la Dra. Aranegui viene impartiendo en la Universidad de Valencia, pero también, algo que la arqueóloga modestamente calla pero que no puede soslayarse, de la experiencia que la propia autora atesora como uno de los protagonistas en la investigación ibérica en las últimas décadas.

Los iberos ayer y hoy constituye por tanto el último eslabón de la vieja aunque no demasiado prolija cadena de síntesis que sobre el mundo ibérico se han editado. Dejando a un lado los trabajos pioneros y voluntariosos de comienzos del siglo XX, de entre los que sobresale sin duda la obra magna de P. Paris (1903), y pasando por la que podemos considerar primera gran reivindicación de la arqueología ibérica, los *Problemas de la cultura ibérica* (1960) de D. Fletcher, la primera síntesis de amplia trascendencia fue la del profesor A. Arribas (1965), quien sentó las bases de lo que se conocía (y de lo que se intuía) en el momento sobre el mundo ibérico, por supuesto desde los postulados historicistas propios de la época. Tan es así, que pese a los grandes descubrimientos de la arqueología ibérica de los años setenta, y los importantísimos congresos celebrados en los ochenta, su contenido se consideró en vigor durante treinta años, hasta la publicación en 1993 del conocido libro de A. Ruiz y M. Molinos, quienes supieron integrar los inmensos avances que en materia territorial (y también epistemológica) se estaban llevando a cabo desde la Universidad de Jaén con los datos arqueológicos recuperados en las últimas décadas en todo el territorio ibérico, y con las fuentes literarias grecorromanas que hasta entonces habían guiado la investigación. El modelo explicativo propuesto por estos investigadores, que podríamos llamar la “Iberia del *oppidum*”, viene siendo aceptado en líneas generales por la mayor parte de los investigadores y extrapolado al conjunto del mundo ibérico hasta la actualidad, si bien los continuos y espectaculares hallazgos de los últimos años y el no menos importante desarrollo epistemológico de la historiografía (parte de los cuales se han recogido recientemente en otra síntesis, ésta con una vertiente más divulgativa, la presentada por S. González Reyero y C. Rueda en 2010) venían haciendo ya necesario un nuevo trabajo de recopilación y análisis, como el que aquí se presenta.

Los tres pilares sobre los que se basa la aproximación de la Dra. Aranegui vienen oportunamente recogidos en el título del volumen. En primer lugar, la autora habla de “iberos”, de “arqueologías” y de “culturas”, en plural, pues considera que “lo ibero”

es una elaboración romana que debería replantearse críticamente, pues alude a un conjunto de pueblos muy distintos entre sí. Habla de “arqueologías”, consciente de que la historia de los iberos se ha escrito desde posicionamientos (científicos, políticos) muy diversos, alcanzando unos resultados difícilmente conjugables sin tener en cuenta su contexto historiográfico. Y habla de “culturas”, pues considera que el gran reto de la arqueología ibérica actual es abrirse a la antropología, a una antropología seria y moderna, para superar el evolucionismo historicista dominante en la protohistoria española.

El libro se articula en un prefacio, una introducción, y nueve capítulos, cuya estructura temática delata este intento de “abrirse a la antropología”, pues atienden otros tantos ámbitos de la civilización ibérica, en vez de seguir una organización cronológica al uso. Solo el primer capítulo, de índole historiográfica, y el último, que analiza la disolución de “lo ibero” en “lo romano”, escapan a esta lógica.

Así pues, la autora arranca con un prolijo análisis historiográfico de la arqueología ibérica. No comienza por las excavaciones del Cerro de los Santos, hito en el que se suele fijar el “redescubrimiento” de lo ibérico, sino por comentar la nueva mentalidad romántica y los nuevos desarrollos científicos que hicieron que, a comienzos del siglo XIX, la intelectualidad española y europea empezara a interesarse por las protohistorias nacionales. Ya en el siglo XX, la Dra. Aranegui se centra en las figuras de una serie de investigadores catalanes y valencianos, y en el trabajo de instituciones como el IEC y el SIP, para desembocar finalmente en un sucinto comentario sobre la situación actual del campo, en el que la progresiva aplicación del postcolonialismo está dando lugar a nuevas y enriquecedoras lecturas del registro ibérico.

El siguiente apartado analiza el que probablemente sea uno de los condicionamientos básicos de los estudios ibéricos: nuestra incapacidad de comprender las escrituras ibéricas. La autora describe el “redescubrimiento” de éstas y los sucesivos intentos que se han llevado a cabo para desentrañar su significado; estudia las consecuencias que a nivel historiográfico ha tenido la tradicional equiparación de lengua y cultura; y finalmente fija un estado de la cuestión de hasta qué punto conocemos la lengua ibérica, algunas de sus palabras y fórmulas y, sobre todo, con qué objetos esta lengua se fijó por escrito.

Los siguientes dos capítulos estudian las comunidades ibéricas desde el punto de vista sociopolítico, entendiéndolas como jefaturas complejas, y analizándolas según los registros disponibles en, respectivamente, asentamientos y necrópolis. En el primero de ellos, tras justificar hasta qué punto el concepto de “jefatura” puede plasmarse a nivel urbanístico, Aranegui describe los diferentes tipos de asentamientos conocidos, analiza los sistemas defensivos entendiéndolos como plasmación de la institucionalización del ejercicio colectivo de la violencia, define toda una serie de categorías de fortificaciones, y realiza un interesante examen de la arquitectura doméstica ibérica. Resulta especialmente interesante su interpretación de varios enclaves contestanos como “ciudadelas” al servicio de grupos foráneos interesados en la explotación colonial de la región, y también su lectura del “salón de banquetes” ibérico como estancia de representación de la jefatura y núcleo de la casa aristocrática. Respecto de las necrópolis, la autora las concibe como un reflejo de la sociedad

de jefaturas que analiza, aunque asume que, puesto que en éstas no aparece representada toda la comunidad, este reflejo será parcialmente opaco y no nos devolverá una imagen nítida y completa. Este cuarto capítulo se detiene en el estudio de los rituales funerarios, de los distintos tipos de monumentos funerarios (de cronologías distintas, algo que suele pasar por alto a la investigación, dando lugar a lecturas sociales sesgadas) y de los ajuares funerarios, concluyendo que las pretensiones de la Arqueología de la Muerte deben relativizarse, pues desatienden una esfera tan fundamental como la simbólica. Las armas y los artefactos antiguos pueden atesorar un capital simbólico que una lectura funcionalista tenderá a obviar, y los objetos autóctonos seguramente no tendrán el mismo significado que los importados. Finalmente, la autora alude a los avances que los estudios de género están alcanzando en el análisis de las necrópolis ibéricas.

El estudio de los santuarios es abordado en el siguiente capítulo. Éste arranca con un comentario sobre la arqueología del rito y sus problemas, para a continuación trazar una rápida tipología de los lugares sagrados ibéricos, cuya presencia ritualiza la apropiación del territorio por parte del *oppidum*. Se estudian las ofrendas propiciatorias documentadas en los santuarios (muchas veces única evidencia disponible de la antigua sacralidad del lugar), se trata de profundizar en el ritual practicado en estos enclaves, y la autora intenta adentrarse incluso en el resbaladizo estudio de las divinidades ibéricas, partiendo de la negación de que la famosa “dama-diosa” sea la deidad ibérica por antonomasia, pues su caracterización supone la asunción apriorística de que toda representación femenina alude a una divinidad.

El sexto capítulo se centra en la economía ibérica, ámbito al que tanto ha contribuido la escuela valenciana. La Dra. Aranegui comienza por describir la ecología del paisaje ibérico, y cómo la aparición de útiles especializados en las sociedades complejas y la generalización del hierro coincide con el aumento de los índices de productividad y la consiguiente participación de los grupos locales en los intercambios a larga distancia. Se analizan sucesivamente los recursos minero-metalúrgicos, los agropecuarios, el procesamiento de bienes alimenticios, diversas actividades artesanales, el almacenamiento, el transporte y el tráfico comercial. Destacan en este capítulo algunas interesantes lecturas, como la que propone la presencia de artesanos metalúrgicos alóctonos en algunos enclaves ibéricos, o la que defiende la presencia de grupos enteros de comerciantes mediterráneos en emporios costeros, como la *Illeta dels Banyets* (Campello, Alicante), por no hablar de la propia noción de *emporio* que en su día defendiera E. Llobregat.

Los siguientes dos apartados parecen ilustrar de alguna manera los capítulos anteriores, centrándose específicamente en dos aspectos de la civilización ibérica como son la moneda y la plástica. Ambos bloques comienzan por un análisis historiográfico de estos campos, para pasar a describir sus realizaciones. En el caso de la moneda, se estudia el contexto histórico de las primeras emisiones, las acuñaciones que se realizaron durante la II Guerra Púnica, y el numerario iberorromano que circuló entre los ss. II y I a.C. Por lo que respecta a la plástica, se atiende sucesivamente a la arquitectura, la escultura, la pintura vascular, la toréutica y la coroplastia, entendiendo la iconografía como una manera de legitimar el poder a través de la ostentación.

Por último, el noveno capítulo atiende a la integración de las comunidades ibéricas en la administración romana, y la consiguiente y progresiva disolución de “lo ibero” en lo “hispanorromano”. El apartado comienza con un estudio de las limitaciones que presentan las fuentes escritas grecorromanas para los estudios ibéricos, para continuar explicando cómo las diferentes tendencias historiográficas han abordado el problema de la romanización. El núcleo del capítulo se centra en el estudio de la reorganización territorial romana (incluyendo vías de comunicación y santuarios), de la transición (no unidireccional ni exenta de problemas) del *oppidum* a la *ciuitas*, y de la consiguiente renegociación de identidades a la que todo este proceso dio lugar, con heterogéneos y en ocasiones llamativos resultados.

El volumen se completa con una minuciosa y actualizada bibliografía sobre el mundo ibérico, con un aparato gráfico prolijo y de excelente calidad pese a las limitaciones que el blanco y negro impone, una cronología que intenta “reubicar” en el tiempo los diversos recorridos culturales que el libro ha seguido, y sendos índices onomásticos y toponímicos, así como un prefacio firmado por G. Pereira-Menaut que subraya la originalidad de los planteamientos de C. Aranegui al tiempo que aboga por una historia económica de la Protohistoria.

En definitiva, nos encontramos ante una excelente sistematización de nuestros conocimientos sobre el mundo ibérico (o, al menos, de los que teníamos en el momento de redacción del libro, pues el campo no deja de ofrecer nuevas sorpresas), que aún a concisión y erudición. De tanto en tanto es necesario separarse de los estudios locales para lanzar miradas de conjunto, y este volumen lo consigue plena y satisfactoriamente. Ciertamente es que su intención globalizadora en ocasiones lleva a la autora a extrapolar algunas lecturas obtenidas en la región valenciana a todo el mundo ibérico; pero nos tememos que un estudio pormenorizado de las diferentes “arqueologías ibéricas” excedería de las limitaciones de una síntesis como ésta.

Nos parece también especialmente interesante la elección de una estructura temática para el libro en vez de una distribución cronológica, sin que ello resulte en detrimento de una concepción perfectamente diacrónica de las transformaciones que experimenta el registro. Hubiera sido posible, bien es cierto, integrar los capítulos séptimo y octavo, dedicados a la moneda y a la plástica ibéricas, en los anteriores, entendiendo moneda e iconografía como otras tantas realizaciones de las estructuras sociopolíticas ibéricas, pero quizás la heterogeneidad y riqueza del registro han motivado este estudio específico.

Así pues, consideramos este volumen como una valiosísima puesta a punto de nuestros conocimientos sobre el mundo ibérico, una útil herramienta para acercarnos al mismo, y un hito desde el que las nuevas investigaciones pueden (y deberán) partir.

Jorge GARCÍA CARDIEL
Universidad Complutense de Madrid
jgarciacardiel@pdi.ucm.es